

La luz de la Reina

Reinado 
de María

Lumen Reginae

N.52-AGOSTO 2024

La Prudencia de María
TOTUS TUUS

La pobreza de espíritu
ALMA MARIANA

Del puente al río
VICTORIAS DE MARÍA

*“Desde ahora me felicitarán todas las generaciones
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí...”*



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 52
Agosto 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.


P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

«Hubo unas bodas en Caná de Galilea...»



07

ALMA MARIANA

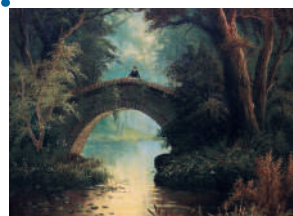
La pobreza de espíritu de Jesús y María



08

VICTORIAS DE MARÍA

Entre el puente y el río



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA Santa Micaela del Santísimo Sacramento



12

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a vivir el Séptimo mandamiento



14

TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

La Prudencia de Santa María



16

REINADO DE CRISTO

«La lámpara de tu cuerpo es tu ojo...»



18

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

La gloria de la Trinidad en la Jerusalén celestial



«Madre asunta: No nos deja solos»

El 15 de agosto, la Iglesia se centra en el misterio de la gloriosa Asunción al Cielo de Aquella que, por los méritos de su Hijo divino, fue preservada de la herencia del pecado original; de Aquella que, concebida sin mancha, participa con su alma y su cuerpo en la victoria definitiva del Redentor sobre la muerte.

El alma santa de María fue al cielo y atrajo consigo a su cuerpo con una resurrección anticipada. Porque, aun cuando Dios ha marcado un plazo para la resurrección de todos los muertos, hay razones para adelantar este plazo para la Santísima Virgen. El suelo no produce sus frutos sino en su estación, pero vemos tierras tan bien cultivadas y aclimatadas que dan frutos más tempranos y más sabrosos. También en el jardín de Dios hay árboles prematuros. María era una tierra demasiado bien preparada, y dio el fruto de la inmortalidad antes que el común de las gentes.

Desde los primeros tiempos ha estado viva entre los fieles la fe en la Asunción de María al cielo en alma y cuerpo. La Madre íntegra del Hijo de Dios no podía corromperse en el sepulcro. Y en todas partes, al extenderse el mensaje del Evangelio, se fue imponiendo la certeza de esta verdad. La definición del dogma de la Asunción, el 1 de noviembre de 1950 por SS. Pío XII mediante la Constitución apostólica *Munificentissimus Deus*, vino a confirmar el contenido de esta solemnidad que ya era reconocida en la tradición.

El mismo Pío XII la invocaba en esta oración, muy apta para estos tiempos que vivimos: «¡Oh Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre de los hombres! Nosotros creemos con todo el fervor de nuestra fe en tu asunción triunfal en cuerpo y alma al



cielo, donde eres aclamada Reina por todos los coros de los ángeles y todos los ejércitos de los santos; nos unimos a ellos para alabar y bendecir al Señor, que te ha ensalzado sobre todas las demás puras criaturas, y para ofrecerte las aspiraciones de nuestra devoción y de nuestro amor.

Sabemos que tu mirada, que acariciaba maternalmente la humanidad abatida y doliente de Jesús en la tierra, se sacia en el cielo con la vista de la humanidad gloriosa de la Sabiduría increada y que la alegría de tu espíritu al contemplar cara a cara la adorable Trinidad hace a tu corazón estremecerse de beatificante ternura; y nosotros, pobres pecadores (...) confiamos que tus ojos misericordiosos se inclinen sobre nuestras miserias y sobre nuestras angustias, sobre nues-

tras luchas y sobre nuestras debilidades, que tus labios sonrían compartiendo nuestros gozos y nuestras victorias (...) Desde esta tierra, donde peregrinamos, confortados por la fe en la futura resurrección, miramos hacia ti, nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra esperanza». Amén

No nos deja solos

Después de su Asunción, no ha dejado abandonados a sus hijos de la tierra. «Creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo» (San Pablo VI; Credo del Pueblo de Dios, 15). Su afecto maternal no nos desampara. Estando más cerca de Dios, está más cerca de nosotros mismos; conoce mejor nuestras miserias, se compadece de ellas y las socorre con más facilidad y prontitud.

María nos enseña que el verdadero significado de la existencia es trascendente y que las realidades de este mundo adquieren su auténtico valor sólo en la perspectiva de la eternidad.

Nos lo aseguró en Fátima el 13 de junio de 1917: —«¿Me quedo aquí solita?» pregunta Lucía al asegurarle la Señora que sus dos primos partirán pronto para el cielo. —«No, hija. ¿Y tú sufres mucho por eso? ¡No te desanimes! Nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios».

MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

«Hubo unas bodas en Caná de Galilea y la Madre de Jesús estaba allí». (Jn 2, 1-4)



Caná es un pueblo situado a seis kilómetros al noroeste de Nazaret. Ahí ocurrió el primero de los siete sêméia («señales») o milagros que san Juan presenta dentro de la primera sección de su evangelio (2,1-12). Con este término griego el evangelista quiere indicar la función de los milagros de Cristo: son como un dedo índice que apunta hacia un sentido y una realidad más profunda de cuanto se puede captar en la superficie del acontecimiento prodigioso y desconcertante. En el relato del «signo» de Caná veremos delinear el carácter mesiánico de Jesús como el significado profundo del hecho. En este episodio, que es narrado sólo por Juan, entra en escena también María.

Comentamos esta preciosa perícopa de manos del P. Rodrigo Molina:

«“Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea”: momento importante y trascendental entre los judíos.

“Y la Madre de Jesús estaba allí”. María es la que prestó el gran y mayor servicio a Jesús: el de darle la vida. Y el gran y mayor servicio a Dios, el de prestarse para que Dios pudiera dar vida a Jesús.

Por eso San Juan nunca llama a María ‘María’ sino: ‘La Madre de Jesús’. Es eso llamar a María por lo que constituye su mayor timbre de gloria.

“Invitaron también a la boda a Jesús y a sus discípulos”. La gran humanidad de Jesús no se salía de la perfecta sintonía con la vida y costumbres de los hombres.

“Faltó el vino y le dijo su Madre: No tienen vino”. María conoce a Jesús. Se limita por lo tanto, a presentarle la necesidad. Sabe que Jesús hará lo mejor, vistas todas las circunstancias, para salir al paso de esa necesidad. Y lo sabe porque el amor es así y María sabe que su Hijo es el amor, como ella es amor.

María expone la necesidad con modestia y discreción. Así lo hace el amor cuando se dirige al Amor.

María sabe cuál va a ser la respuesta de Jesús: Va a ser un SÍ. Porque el amor siempre es SÍ a las verdaderas necesidades de la persona a la que ama. María espera esa respuesta.

Jesús va a dar la respuesta

como María la espera porque Jesús y María son iguales, ya que Él ha salido de Ella; pero antes quiere darnos en Ella, la Maestra, una lección.

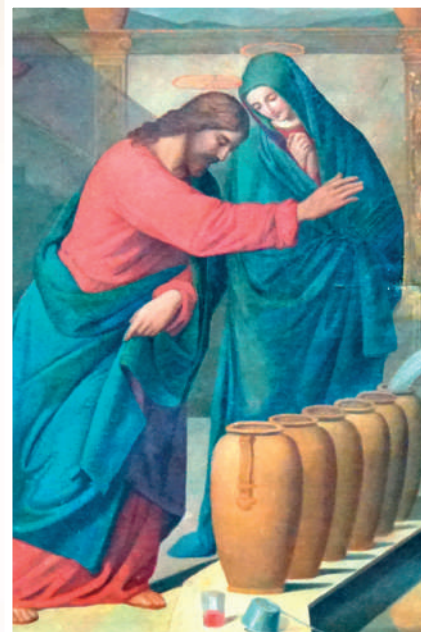
“Jesús le contestó: ¿Qué a Mí y a Ti, mujer? Aún no ha llegado mi hora”.

‘Mujer’ = la mujer = la que engendra = la madre de todos los que han de nacer de nuevo, los que han de ser engendrados para Dios: Aquella en la que Yo voy a engendrar a mi Iglesia. María pasa así del título particular de Madre de Jesús, al título universal de Madre del Cuerpo místico de Jesús.

“¿Qué a Mí y a Ti, mujer?” No es incumbencia nuestra procurar remediar las necesidades en lo concerniente a lo temporal.

Jesús nos enseña que la función de Él y su Madre, no está en promover lo humano-temporal por bueno que sea. Jesús se sitúa en el plano de lo sobrenatural y en ese plano se va a mover.

Pero también se puede interpretar este pasaje de la siguiente manera: Mujer, nuestro parentesco no puede afectar mi ministerio, nuestro ministerio. Yo y Tú tenemos que realizar el proyecto del Padre. Nuestro motor: la voluntad del Padre. No puede ser mi motor mi afecto natural humano a Ti como Hijo tuyo. Yo no puedo hacer este milagro, prestar esta ayuda de convertir el agua en vino, movido por el amor natural-humano a esa mujer a la que tanto quiero, por ser mi madre. Yo si hago este milagro, lo haré sólo movido por ser esa la voluntad de mi Padre.



Esta misma es la lección que nos dio Jesús en: Lc.2,49; Mc.3,33-35; Jn.7,1-10.

En ambos casos no hay una negativa de Jesús a su Santísima Madre. Hay sólo un darnos una lección a nosotros aprovechando la oportunidad que le presentó la petición de su Madre.

Que sean estas las verdaderas interpretaciones, lo prueba el que María entendió que no se negaba la ayuda humano-temporal mediante un milagro, sino que Jesús había dicho SÍ a la ayuda, pero que antes quería darnos la lección de que si había concedido la ayuda era porque esa ayuda, toda ella, quedaba hecha SIGNO, quedaba hecha MANIFESTACIÓN de lo que Él era: irradiación esplendorosa de la excelencia de la bondad del Padre y por lo tanto esa ayuda quedaba hecha vehículo, para que viéndola los hombres, creyesen en Dios.

Por eso cierra esa perícopa S. Juan con la frase: “Así, en Caná de Galilea, comenzó Jesús sus signos, manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él”.

Y Jesús quiso enseñarnos también esta lección: que la oración es omnipotente y nos la quiso enseñar por medio de su Santísima Madre, a la que había hecho Madre y Maestra de su Iglesia.

Por eso María dice a continuación a los sirvientes: Haced lo que Él os diga. La petición estaba concedida.

Aparecen Jesús y María en perfecta armonía, aparecen como un DUO-UNO: Jesús dando la lección y María ayudando a que la dé.

Y si toda oración es omnipotente ¿cuánto más la de María?

El alcance principal de esta perícopa de Caná nos lo da el versículo 11: “Así, en Caná comenzó...” : Esta perícopa es una REVELACIÓN de la persona de Jesús:

Jesús es el enviado del Padre para traer la salvación al mundo. Y esta excelencia de ser Jesús el enviado para salvar, es lo que brilla en este milagro de las bodas de Caná y es lo que el evangelista llama “gloria” de Jesús. Gloria que provoca la fe en Él de sus discípulos. La fe, es decir, la apertura-entrega a Él de sus discípulos.

Toda la vida de Jesús está orientada a llevar a término esa manifestación de su gloria que se incoó en Caná.

Tan esto es así que los adjuntos de la vida de Jesús en los que se manifieste que esta “gloria” de Jesús, esta exhibición de las exce-

lencias de Jesús, llega a su tope, a su perfección, se llamarán la “HORA” de Jesús: el tiempo en el que en Él es una realidad todo eso.

Y en la escena de Caná se revela que Jesús es el enviado como Salvador por la doble enseñanza que contiene: la enseñanza de la sustitución y la de la abundancia mesiánica.

Sustitución: el agua es sustituida por el mejor de los vinos: “...tú en cambio has guardado el buen vino hasta ahora...”. La baja calidad de lo natural es sustituido por la alta calidad de lo sobrenatural. El matrimonio con una persona humana es sustituido por el matrimonio con Dios: la boda humana entre hombre y mujer, sustituido por la boda divina entre hombre y Dios.

La idea de la sustitución atraviesa todo el evangelio de San Juan: Jesús es el verdadero templo que sustituye al antiguo; el culto en Espíritu que Jesús trae, sustituirá al culto en el Templo; la carne y la sangre de Jesús serán el verdadero alimento que dará la verdadera vida, en sustitución al pan y al vino; la luz nos introduce y trae la verdadera vida. Jesús es la luz que nos trae la verdadera vida.

Abundancia: unos 600 litros de agua convertidos en vino de calidad. Exuberancia enorme para aquella época. “Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante”.

Jesús, a pesar de que no había llegado su hora hace el milagro a petición de María. Porque a María le está reservado el gran papel de ser Madre y Maestra de la Iglesia, cuando llegue la hora de Jesús. Su gran y necesaria influencia será entonces, pero ya ahora nos da Jesús un SIGNO de lo que será un día aquella mujer, su Madre.

Ella es la que desencadena la incoación de la manifestación de Jesús. A María le va a ser confiado el cuidado de la Iglesia, como en Caná le fue confiado el que no faltase aquella ayuda tan necesaria para el bien de la boda, como era el vino.

La antigua alianza empieza a ser sustituida por la nueva: en vez de agua = el vino terrestre; el vino = el Espíritu Santo.

“¿Qué a Mí y a Ti, mujer?»: Debemos romper la estructura vieja, la ajada por el pecado en la que vive el hombre. El hombre viejo ha caducado. Nosotros venimos, Mujer, a revitalizarlo, pero no en lo antiguo, caduco, sino en lo nuevo de Dios».

“Jesús: No tienen vino”: situación de insuficiencia y tristeza, de infelicidad. Les falta el vino del Espíritu Santo que, penetrando en lo interior, los transforme en hombres nuevos. Jesús, en ti reside el Espíritu, Jesús, Tú se lo tienes que dar. Eso dice María a Jesús. Siempre está intercediendo por nosotros.

La pobreza de espíritu de Jesús y María

“**B**ienaventurados los pobres en el espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos”. “¡Gracias, Señor, –nos dice el P. Molina– porque has encabezado todo tu programa con este eslogan en el que está contenido todo tu Evangelio!”. Un programa que vivió Jesús y María.

«María –continúa el P. Molina– se siente la insignificante, la impotente. En este sentimiento de pequeñez-pobreza está la clave de su grandeza. María, con este sentimiento, se puso en la verdad y, en la verdad, pudo Dios conectar con ella.

El disponible, el pobre de espíritu, vive en confianza y abandono absolutos en las manos de Dios, aunque para ello tenga que vencer la resistencia de la razón y la repugnancia del sentimiento. Vive la capacidad de confianza del niño en la palabra de su padre.

A María, por mujer disponible en vacío absoluto, se le dio lo que superó las perspectivas más ambiciosas que mujer alguna pudo tener: una maternidad virginal y divina.

María abrió de par en par las puertas de su corazón al Dios de las exigencias infinitas. El pobre de espíritu, ante las obras grandes que Dios hace en él, no se ensoberbece, agradece y refuerza los sentimientos de su pequeñez. Preciosa cualidad del humilde. Así, Santa María. El secreto profundo de las grandezas de María: la humildad.

Jesús es manso y humilde. La humildad que predica Jesús es el abandono total al Padre en confianza absoluta y filial en Él. Ese fue su ejemplo en la cruz. En el desamparo más absoluto, entre-

ga confiada en los brazos de su Padre: “Padre en tus manos entrego mi espíritu”. No usa otra arma que la de ponerse confiado en los brazos de Dios.

Pero para Jesús y María la pobreza voluntaria (reflejo visible de la pobreza de espíritu invisible) es el estuche en el que pueden vivir la voluntad del Padre como el único tesoro de su propia existencia: “Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todas esas cosas se os darán por añadidura”. Jesús y María lo pusieron todo en común para compartirlo con nosotros: “Y yo, la excelencia que me diste, se la di a ellos para que sean uno con nosotros”. Ese es el blanco al que apunta la auténtica pobreza: a hacer comunidad. La pobreza de espíritu me pone en actitud de servicio y de apertura a las necesidades del hermano.

Jesús y María no eran apocados, eran audaces y valientes. Así es todo pobre de espíritu. El pobre de espíritu sabe que toda su fuerza está en la elección de Dios; sabe que el abrirse a esta elección de Dios es lo único que los capacitará para la gran empresa de transformar al mundo.

Dios Padre convoca a Jesús y María a una misión absorbente, que todo lo exige y que todo lo ofrece. Es una misión que al tiempo construye la propia vida y la vida de los demás. Jesús y María respondieron. Esa fue su vida: responder a esa llamada. La respuesta de María la hace esposa del Espíritu Santo y madre: madre de Cristo y madre de la Iglesia».



ENTRE EL

Puente y el Río

HISTORIA DE UNA CONVERSIÓN



El 4 de agosto la Iglesia celebra la memoria de San Juan Bautista María Vianney, conocido como el Santo Cura de Ars. Fue un presbítero francés proclamado patrono de los sacerdotes católicos, especialmente de los que tienen cura de almas (párrocos). Su humildad, su predicación, su discernimiento y saber espontáneos, y su capacidad para generar el arrepentimiento de los penitentes por los males cometidos, fueron proverbiales.

De él se cuenta la siguiente anécdota que manifiesta cómo la Santísima Virgen María recompensa de un modo extraordinario cualquier detalle de amor que se tenga con Ella.



San Juan
Bautista María
Vianney,
el Santo Cura
de Ars

Muchos son los casos en la historia en que el Santo Rosario ha obrado con fuerza.

Un día el Reverendo Guillaumet, que fue durante muchos años superior de la Inmaculada Concepción de Saint-Didier, se dirigía a una pequeña aldea de Francia, célebre en todo el mundo por los milagros que hacía su humilde párroco, el cura de Ars, San Juan María Vianney.

Corría el año 1855 o 56. En el departamento del tren se habla del cura de Ars, de sus milagros, de la enorme afluencia de peregrinos. Sentada al lado del sacerdote, viaja una señora vestida de luto que escucha sin aparentar interés.

El tren llega a la estación de Villefranche. El sacerdote se despide para bajarse. La señora enlutada se dirige a él:

—Señor cura, permítame que le acompañe a Ars. Lo mismo me da ir a un sitio que a otro, viajo para distraerme.

—Como usted guste.

El coche, lleno de viajeros, les dejó en Ars, delante de la iglesia.

Se acercaba el catecismo de las once. Los peregrinos que no habían podido entrar en la Iglesia abarrotada, se colocaban a los lados de la calle para ver entrar en la

parroquia al Cura de Ars. La espera no fue muy larga. El santo pasa bendiciendo Rosarios y medallas, dirigiendo algunas palabras de consuelo, sonriendo a todos.

Se detiene frente a la señora enlutada que, para imitar a todos, se ha puesto de rodillas. Se inclina hacia ella y le dice al oído:

—Se ha salvado.

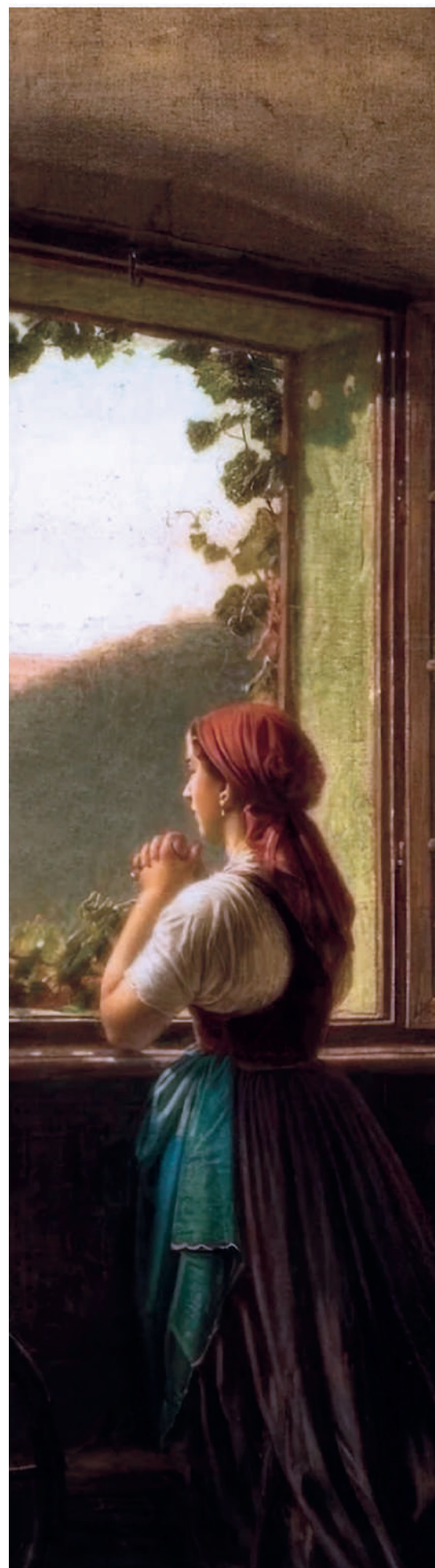
Aquella mujer desconocida, que veía por primera vez al cura de Ars, se sobresaltó.

El Santo, sonriendo, vuelve a repetirle:

—Se ha salvado.

Un gesto de desconfianza fue la única respuesta de aquella mujer forastera. Entonces el Santo repite por tercera vez, arrastrando las sílabas:

—Le digo a usted que se ha salvado. Está en el purgatorio y hay que rezar por él... Entre el parapeto del puente, donde se tiró para acabar con su vida, y el río tuvo tiempo para hacer un acto de contrición. La Santísima Virgen le alcanzó esta gracia. Acuérdesse usted de que un mes antes de morir su esposo, aunque irreligioso, cogió de su jardín la rosa más bella y le dijo: «Llévala a la imagen de la Virgen Santísima...». Ella no lo ha olvidado. Esto le mereció la gracia del arrepentimiento y el perdón final.



A full-length portrait of Santa Micaela del Santísimo Sacramento. She is depicted from the waist up, wearing a dark, heavy, fur-trimmed cloak over a black dress. Her hands are clasped in front of her. She has a serene expression and is looking slightly to the right. The background is a dark, textured surface.

Santa Micaela del Santísimo Sacramento

Micaela Desmaisières y López de Dicastillo, vizcondesa de Jorbalán, fue señalada por Dios para dedicarse por entero a la educación de niñas, y a la restauración de mujeres caídas en las redes de la prostitución.

Nació en Madrid el 1 de enero de 1809, en el seno de una familia de la aristocracia.

Era una mujer de impactante personalidad, distinguida, alegre, enérgica, conciliadora, buena conversadora, con altas dotes organizativas. Se ocupaba de las necesidades ajenas en constantes actos de caridad implicando en ellos a personas de su alcurnia; acogía en su casa a niñas pobres y atendía a los enfermos.

En 1848, tras una visita al Hospital de San Juan de Dios, se fijó consternada en la cantidad de jóvenes que ejercían la pros-

titución, a la que habían llegado por distintos motivos. Supo que si terrible era su estado físico, no lo era menos la soledad y desamparo que les esperaba al salir del hospital en una sociedad, que si bien las había empujado por ese camino arrancándoles su honor y dignidad, después les daba cruelmente la espalda. De modo que abrió una casa para las pobres descañadas que fue recogiendo.

En 1850 se fue a vivir con ellas. La noticia fue un azote para los círculos en los que se movía. Le cerraron las puertas, fue vituperada, incomprendida, calumniada, no solo por los que formaban parte del selecto ambiente al que pertenecía; también fue criticada y perseguida por miembros de la Iglesia.

Recibió ayuda de la beneficencia. Vendió las joyas heredadas a menor costo de lo que valían, pidió limosna para sacar adelante su obra. En 1856 el colegio ha crecido y tiene con ella a algunas colaboradoras. Con el apoyo y consejo de san Antonio María Claret, nació la Congregación de Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad. Ella tomó el nombre de Madre Sacramento. Ese mismo año escribe unas constituciones de su congregación que serán aprobadas por la Santa Sede en 1861.

Al colegio de Madrid le siguieron siete fundaciones más: Zaragoza (1856), Valencia (1858), Barcelona (1861), Burgos (1863), Pinto, filial de Madrid (1864), Santander (1865) y Guadalajara (1915).

En agosto de 1865, la Madre Sacramento, al enterarse de que en Valencia había estallado una epi-

demia de cólera, decide viajar a esta ciudad para ayudar a las religiosas y colegialas de su casa. La epidemia acabó con su propia vida el 24 de agosto de ese año.

El Papa Pío XI la beatificó el 7 de julio de 1925 y la canonizó el 4 de marzo de 1934.

La Madre Sacramento dedicó su vida a la Congregación de Religiosas Adoratrices y Esclavas de la Caridad. Pero su radio de acción trascendió los límites del Instituto. San Antonio María Claret le pide que ayude a la Reina Isabel, de quien es su confesor, en su vida de piedad. ¡Tiene que dar clases de religión a la Reina! Por fin Isabel confiesa y comulga. Siempre profesará gran admiración por la Santa.

De esta mujer de una entrega total y un temple poco común, queremos resaltar su tierno y ardiente amor a la Señora.

Devotísima de la Eucaristía y de la Virgen, a quien acudía para prepararse a comulgar: «Vi al Señor —dice— como si de su corazón sacase la forma que me daba en aquel momento, y la Santísima Virgen estaba a mi lado, y la veía más cerca y mejor que al Señor».

Tuvo mucha devoción a la Virgen del Pilar que, en una ocasión la libró de un gran peligro, y a la Virgen de Montserrat, que le curó de una enfermedad y le dio certeza que le protegería en la fundación de Barcelona.

A la muerte de su madre (año 1841), escogió a la Santísima Virgen el mismo día, para que la reemplazara y le hizo una entrega formal de todo su ser.

A la Virgen encomendó sus fundaciones: «Madre Mía para honrar vuestros siete Dolores, os dejo fundadas siete casas; amparadas, Madre mía, acogedlas bajo vuestra protección».

Invitaba a sus hijas a tener gran confianza en la intercesión de la Santísima Virgen. «Si buscamos a la Santísima Virgen como nuestra Madre con constancia, Ella nos demostrará lo que es».

Una noche fría

«Hacía mucho frío y la casa estaba muy pobre de mantas; yo digo en broma: «Ya se las pediré a la Virgen Santísima». Y nos fuimos al Pilar. Al llegar a la Santa Capilla, sentí un llamamiento interior, tan fuerte, que no supe moverme en hora y media. Vuelta en mí, miro alrededor por ver si estaba mi gente, que no hallé, y se vino a mí un caballero de edad:

—¿Busca usted las monjitas y demás?

—Sí, señor.

—¿Les vendrían bien a ustedes unas mantas que tengo en casa?

—Sí, señor.

—Veinticuatro les daré a ustedes.

—Es que nos vamos esta noche.

—Mejor. Llevan ustedes para taparse en el camino, una para cada una; me voy por ellas para llegar con ustedes.

Así fue. La Virgen del Pilar nos dio mantas. ¡Qué gozo tuvimos todas cuando las vimos entrar! Aturdidas nos quedamos».



LLAMADA A VIVIR EL SÉPTIMO MANDAMIENTO:

No hurtar

«**N**o robarás» (Dt 5,19). «Ni los ladrones, ni los avaros...ni los rapaces heredarán el Reino de Dios» (1Co 6,10). El séptimo mandamiento prescribe la práctica de la justicia y de la caridad en el uso de los bienes terrenos y nos prohíbe el robo, porque es un acto contra la justicia: es injusto apoderarnos de una cosa que no nos pertenece. Por eso, Él nos dice: «No codiciarás la casa de tu prójimo [...] ni cosa alguna que le pertenezca» (Ex 20, 17). Si no codiciamos, tampoco robaremos, porque lo que lleva al robo es la codicia.

Si no tenemos lo necesario, debemos trabajar para ganarlo seria y honradamente, a no ser que la enfermedad u otra causa nos lo impidan. Pero todo aquél que, teniendo salud y edad para ello, no trabaja, falta a la ley del trabajo impuesta por Dios a toda la humanidad: «El Señor llevó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén para cultivarlo y, también para guardarlo» (Gn 2, 15).

Formas de robo

Hay muchas maneras de robar. Mencionaremos sólo algunas.

- Es robo cuando, en un negocio, se cobra cualquier mercancía más de lo que es justo, abusando de la necesidad o ignorancia del prójimo.
- De parte de los que trabajan y reciben sueldo, el robo es no dedicar el tiempo debido

a su trabajo y no trabajar con la diligencia y perfección requeridas para que las cosas queden bien hechas. Y de parte de los patronos, es robo no pagar como deben y a su tiempo.

- Robo es privar al prójimo de sus legítimos derechos, ya sea oprimiéndole o privándole de su libertad.

- El fraude fiscal, la falsificación de cheques y facturas, los gastos excesivos, el despilfarro, infligir voluntariamente un daño a las propiedades privadas o públicas es también un acto de robo.
- También es robo engañar al prójimo, vendiéndole como buenas cosas deterioradas, vendiéndole animales enfermos como si estuvieran sanos.
- Otra clase de robo es el del buen nombre. Difamar al prójimo, privándole de la estima y de la confianza de sus semejantes, es la especie más grave de robo que se comete, porque se quita aquello que él más precisa que es la buena fama, la honra, la confianza y el aprecio de sus hermanos, colocándolo así en difíciles condiciones, en su vida particular, pública y social.

Cómo reparar

El séptimo mandamiento nos obliga además a restituir lo robado. Jesús bendijo a Zaqueo por su resolución: «si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo» (Lc 19,8). Los que, de manera directa o indirecta, se han apoderado de un bien ajeno, están obligados a restituirlo o a devolver el equivalente en naturaleza o en especie si la cosa ha desaparecido. Están igualmente obligados a restituir, todos los que han participado de alguna manera en el robo, o se han aprovechado de él a sabiendas.

Obligación de ayudar a los más necesitados

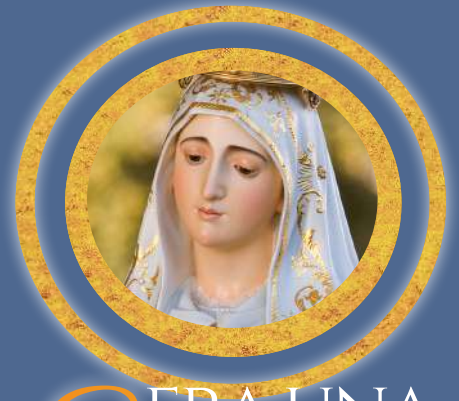
El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de «hacer partícipe al que se halle en necesidad» (Ef 4,28). San Juan Crisóstomo lo recuerda: «No hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles y quitarles la vida. Lo que tenemos no son nuestros bienes, sino los suyos». Dios bendice a los que ayudan a los pobres y reprueba a los que se niegan a hacerlo: «a quien te pide da, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda» (Mt 5,42).

Cuando damos a los pobres las cosas indispensables no les hacemos liberalidades personales, sino que les devolvemos lo que es suyo. Más que realizar un acto de caridad, lo que hacemos es cumplir un deber de justicia (San Gregorio Magno, past. 3,21).

Conviene recordar aquí el ejemplo de las familias de los pastorcitos. A pesar de vivir ellos muy justos en lo material, nunca dejaban de ayudar a los que eran más pobres que ellos. Lucía aprendió de su madre a nunca despechar con las manos vacías a ningún pobre que tocara a la puerta de su casa. Esta caridad de los niños se acrecentó aún más después de las apariciones de Nuestra Señora. Dios les comunicó ese amor y compasión por los más necesitados y a la vez un gran desprendimiento de las cosas materiales y terrenas, con el fin de acumular tesoros para el cielo.

Vivir el mensaje de Nuestra Señora de Fátima, es vivir el evangelio en toda su pureza. Por eso no se reduce solamente a «evitar el mal» a «no robar», sino a: hacer obras de misericordia. Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna y una práctica de justicia que agrada a Dios. «El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer que haga lo mismo». (Lc 3,11).

Acojamos esta llamada divina de atención. Viva- mos en paz con Dios y con nuestros hermanos, por la fiel observancia de su ley y de su palabra que es su Verbo, Jesucristo nuestro Salvador: «El que oye mi palabra y cree en el que me envió tiene vida eterna, y no viene a juicio sino que pasa de la muerte a la vida» (Jn 5, 24).



ERA UNA Señora MÁS brillante QUE EL Sol

«Aquel domingo, 19 de agosto... Eran sobre las cuatro de la tarde cuando Lucía comenzó a notar las alteraciones atmosféricas que precedían a las Apariciones de la Señora en Cova da Iría: un repentino refrescar la temperatura, un palidecer el sol y el característico relámpago...

– ¡Allá viene Nuestra Señora! ¡Y Jacinta no está!

Gritó entonces a Juan:

– Juan, ve deprisa a buscar a Jacinta, que viene Nuestra Señora.

Pero el chiquillo no estaba dispuesto a ir. También él quería ver a la Madre del Cielo.

– Ve, vete deprisa, que te doy dos vintens si traes a Jacinta. Toma ahora uno y otro a la vuelta.

El rapaz metió la moneda en el bolso y partió como una exhalación de manera que a los cinco minutos estaba en la puerta de casa...

Agarrados de la mano, [los dos hermanos] corrieron a los Valinhos, donde la Virgen los esperaba...

– ¿Qué es lo que la Señora quiere de mi? Pregunta Lucía con una confianza verdaderamente filial. Quiero que continuéis yendo a Cova de Iria el día 13, que recéis el Rosario todos los días... ¿Algo más? Rezad, rezad mucho -dijo la Señora, más triste aún- y haced sacrificios por los pecadores pues van muchas almas al infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellas.

– El último mes, en octubre, haré un milagro para que todos crean en mis apariciones...».

(Extractos de Era una Señora más brillante que el sol, de Joao de Marchi)

La Prudencia de Santa María

La prudencia es la compañera inseparable de todas las virtudes... y más que una virtud es como la norma o guía de todas. Santo Tomás la llamó 'el ojo del alma', pues sin ella las demás virtudes están como a ciegas. Es antorcha para no errar el camino. Indica el cuándo y cómo debemos obrar.

Se define como una virtud cardinal infundida por Dios en el entendimiento práctico para el recto gobierno de nuestras acciones particulares en orden al fin sobrenatural.

Según el Catecismo de la Iglesia Católica (nº 1806), es «la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. “El hombre cauto medita sus pasos” (Pr 14, 15). “Sed sensatos y sobrios para daros a la oración” (1 P 4, 7). La prudencia es la “regla recta de la acción”, escribe santo Tomás, siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación. Es llamada “auriga virtutum”: conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio. Gracias a esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar».

Es la más perfecta y necesaria de las virtudes cardinales. Su influencia se extiende absolutamente a todas las demás virtudes morales

señalándolas al justo medio, en que consisten todas ellas, para no pecar por carta de más ni por carta de menos = no caer en excesos opuestos.

Por ejemplo, el silencio, para ser virtud necesita el 'justo medio', para no caer en excesos (no hablar cuando o como es necesario) ni en defectos (locuacidad excesiva).

Se llama a la prudencia *auriga virtutum*, porque dirige y gobierna a todas las demás virtudes.

Con razón las diferentes virtudes se comparan a un coche que nos conduce al cielo, a Dios, y la prudencia al cochero que lo guía. Ella inclina al entendimiento a escoger, en cualquier circunstancia, los medios más aptos para alcanzar los distintos fines, subordinándolos siempre al fin último, que es Dios.

Hay que distinguir la prudencia sobrenatural de la natural 'de la carne' (como la llama San Pablo). La primera es verdadera, guiada por el Espíritu Santo. La segunda es mala, enemiga de Dios y de su ley, que busca el propio interés y lucro temporal, guiada por la soberbia. Cristo se lamenta que los hijos del mundo sean más sagaces para sus cosas que los hijos de la luz en orden a la salvación eterna.

La prudencia de María

La Virgen María practicó la virtud de la prudencia en grado perfectísimo. No solamente porque las practicó todas en grado incomparable, sino porque tenemos en el Evangelio datos muy suficientes para demostrarlo plenamente.

Para obrar con prudencia, son particularmente necesarias tres condiciones: examinar con madurez, resolver con juicio y ejecutar rectamente.

Esta nobilísima virtud, esta rara prudencia sobrenatural,



fue por María elevada al más alto grado de perfección a que puede aspirar una criatura humana. Ella fue la Virgen prudentísima: prudentísima respecto al fin que se propuso, que fue el agradar siempre y en todo a Dios, sirviéndole y amándole con toda la capacidad de que era capaz su corazón; prudentísima en los medios por Ella empleados, que fueron escogidos con madurez, circunspección y consejo.

«Ella— como se expresa el cardenal Lépiciér—jamás hizo nada precipitadamente, sin reflexionar o inconsciencia, sino que primeramente se aconsejó con su celestial Esposo, ponderando con sabia lentitud los motivos y razones de sus obras, juzgando con paz y quietud respecto a la conducta que había de observar y siguiendo puntualmente los dictámenes de la razón y de la fe».

¡Con qué solicitud, por ejemplo, en el momento de la anuncia-

ción, la Santísima Virgen indagó cuáles eran las disposiciones de la voluntad divina!; y cuando las hubo conocido, ¡con qué cordura se dispuso a seguir las, y, una vez abrazadas, con qué fidelidad las puso en ejecución!... Y de esta misma manera obró en todo el decurso de su vida santísima.

Siguiendo el ejemplo del silencio, una prueba elocuentísima de la prudencia de una persona consiste en saber callar y saber hablar a su tiempo, pues—como dice el Eclesiastés (3,7)— «toda cosa tiene su tiempo; hay tiempo de callar y tiempo de hablar». Tanto en lo uno como en lo otro, María fue incomparable.

Fue Maestra incomparable en el callar. Habría podido hablar— observa justamente un piadoso autor— manifestando a José el misterioso arcano que en Ella se cumplía, disipando así la turbación del amantísimo esposo; pero esto hubiera sido revelar el

Sacramento del Rey del cielo, esto hubiera ido en alabanza propia; prefirió, por tanto, callar y dejó que hablase Dios por medio del ángel.

Fue no menos magistral en el saber hablar a tiempo, en el lugar y en el modo conveniente, hablando cuando y en cuanto se puede dar gloria a Dios y hacer el bien.

Habló con el arcángel San Gabriel con prudencia admirable en sus palabras. Habló con su prima Isabel y sus palabras hicieron saltar de pura alegría, aun antes de su nacimiento, al futuro Precursor de su Hijo; y sus palabras fueron una profesión de humildad, de gratitud, un cántico de alabanzas, un himno sublime de acción de gracias al Omnipotente: Magnificat... El modo con que habló con su hijo en el Templo o en Caná...

Virgen prudentísima, haz que te imite.



«La lámpara de tu cuerpo es tu ojo...» (Mt 6, 22)

La consagración a María es consagración a Jesús. El Reinado de María es para que Él reine. De su mano, continuamos meditando en las Palabras del Maestro.

Con la analogía del oficio del ojo en el cuerpo humano, Jesús quiere indicarnos cuán importante es purificar el corazón de todo afecto terreno. La luz que él percibe va en provecho de todo el cuerpo. Si el ojo está sano y limpio, todo el cuerpo participará de la luz que percibe. De igual modo, la vida moral y espiritual del hombre se verá afectada por los vicios y llena de oscuridad y sombras si la luz que ilumina su alma y por tanto sus decisiones, van mal encaminadas y no será capaz de entender las más claras verdades. Esto nos estimula a tener recta intención o simplicidad de corazón, fundamental en la vida del hombre según las Sagradas Escrituras.

Jesús llama a sus discípulos «luz del mundo» (Mt 5, 13.14), con esto quiere transmitirles el sentido de

su misión. La luz es la primera obra de Dios creador y es fuente de la vida; la Palabra de Dios es comparada con la luz, como proclama el salmista: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (Sal 119, 105). Nuestro ojo verá bien y servirá para iluminar todo nuestro ser si a su vez es iluminado por esa luz de la sabiduría divina, entonces podrá alumbrar a los demás, será el candelero que guía a otros hacia Dios. Por ello es importante cuidar de no tomar por luz guía o maestro lo que no es verdad comprobada, es decir, no entregarse ciegamente al influjo ajeno a Cristo que se definió como camino, verdad y vida, quien anda por Él no camina en tinieblas. La sabiduría de Dios, que resplandece plenamente en el rostro del Hijo, es la «luz verdadera que ilumina a todo hombre» (Jn 1, 9). Unidos a Él, los cristianos podemos difundir en medio de las tinieblas de la indiferencia y del egoísmo la luz del amor de Dios, verdadera sabiduría que da significado a la exis-

tencia y a la actuación de los hombres.

Tener y mantener esa luz encendida requiere alimentar la vida de la gracia, lo que se consigue con la recepción de los sacramentos, las buenas obras, la oración y la mortificación. Somos ciegos e incapaces de curar nuestra ceguera espiritual. Debemos ser iluminados por Cristo. Solo Él conoce nuestra ceguera y tiene el poder de curarnos. Cristo quiere iluminarnos, se acerca a nosotros bajo distintos disfraces. Para reconocerlo se requiere tener ojos de fe. Es necesario poseer una fe acendrada, lúcida, potente, en sintonía con el misterio de Dios y con sus planes, capaz de discernir la voluntad de Dios. Una fe que nos permita ver con los ojos de Dios, porque quien pretenda seguir viendo con sus propios ojos, seguirá ciego. Debemos reconocer con sinceridad que somos ciegos y que tenemos necesidad de ser guiados, conducidos, instruidos por el Espíritu Santo y de esta manera dejar entrar

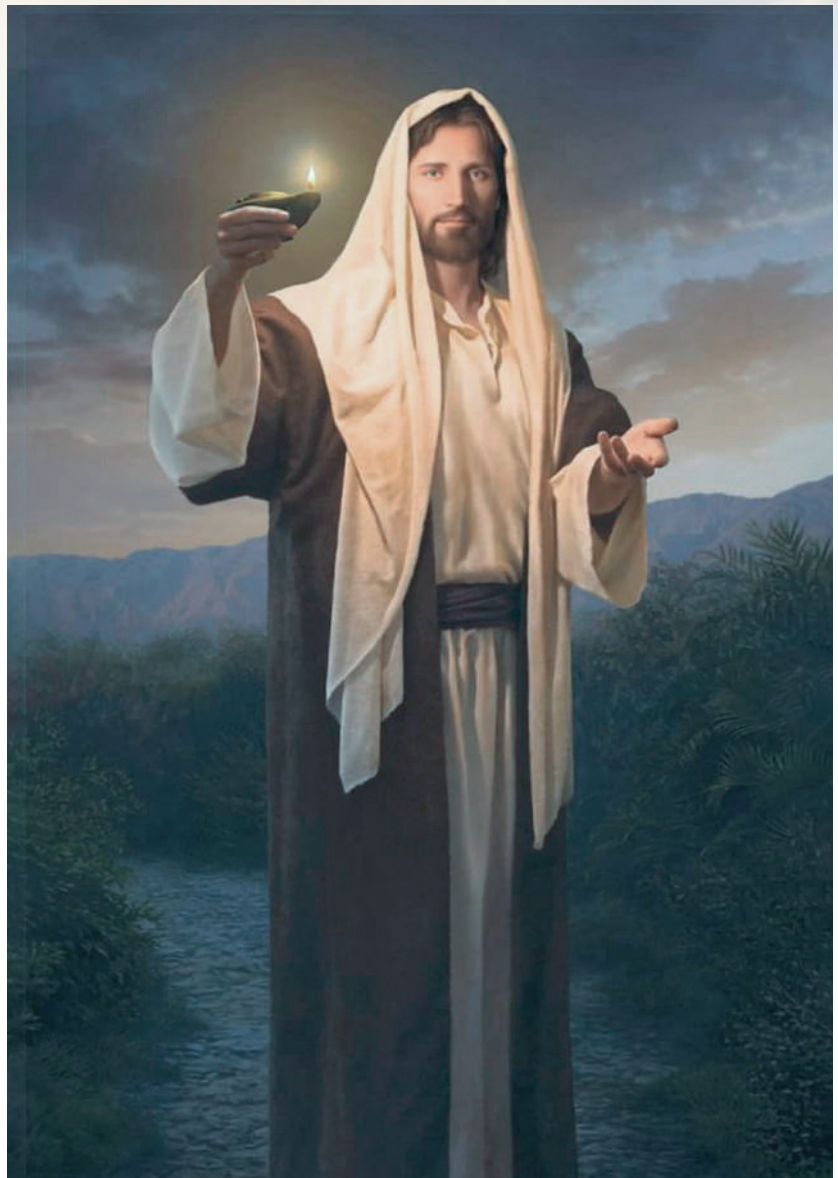
plenamente en nuestra vida a Cristo, que es «la luz del mundo». Nuestra conducta ha de ser como la del ciego del Evangelio que reconoce su ceguera y además de la vista física recibe de Jesús la fe. Los fariseos, en cambio, se creen lúcidos y rechazan a Jesús, se cierran a la luz de la fe y quedan ciegos. La soberbia es el mayor obstáculo para acoger a Cristo y ser iluminados.

Nuestro Señor nos impulsa a mirar el propio corazón para arrancar toda hierba mala y ser así un árbol bueno que da frutos buenos. *«Cada árbol se conoce por su fruto»* y *«de la abundancia del corazón habla la boca»*. Si en nuestro corazón hay bondad apreciaremos a los demás con benevolencia. Para no ser guías ciegos que conduzcan a los demás a la fosa, Jesús insiste en la necesidad de la limpieza de corazón. Sólo el que tiene el corazón purificado, el que ha quitado la viga del propio ojo, es capaz de ver claro y con acierto, entonces puede conducir a otros hacia el bien y evitarles los peligros. Necesitamos que Jesús nos saque de nuestra ceguera, que nos abra los ojos para reconocer el pecado en nuestra vida que nos aleja de Dios, que nos haga sensibles a las necesidades de nuestros hermanos, que salgamos de nuestro egoísmo, que nos purifique de nuestras envidias, de la estrechez de corazón, de los rencores, que no nos dejemos arrastrar por las voces de la mayoría que quieren apartarnos del Evangelio para llevar una vida cómoda. Junto con la cura-

ción de la vista, necesitamos que también Jesús convierta nuestro corazón. La pureza de corazón agranda su capacidad de amar.

Ningún medio más eficaz que acudir a María, la mujer de fe, la de los ojos puros, toda Ella iluminada por la luz de Cristo porque Ella se dejó guiar sin oponer resistencia a los planes de Dios. Que Ella nos enseñe a reconocer nuestra indigencia, nos abra los ojos para que nos dejemos guiar, iluminar, conducir, sanar. María es la Mujer que irradia, es, con

palabras del P. Molina, la «Mujer de la iluminación». Su oficio es iluminar este mundo oscuro con la luz de Dios. Por su unión con Dios en la oración siempre tuvo esa luz de Dios que le permitía ver claramente todas las cosas y obrar de acuerdo a los mandamientos de Dios y a Su divina voluntad. Acostumbrémonos a mirar a las personas y acontecimientos con los ojos misericordiosos, compasivos de María, Ella nos anima a la oración y a la penitencia, como camino seguro para la verdadera conversión del corazón.



La Gloria de Trinidad

EN LA JERUSALÉN CELESTIAL

La unión con Dios, Uno y Trino, es la meta de nuestro caminar en esta vida. La Virgen María, nuestro afán porque Ella reine en los corazones de todos los hombres, es precisamente para que no se frustre esa vocación de todo hombre a la unión con Dios.



San Juan Pablo II, en su catequesis del miércoles 28 de junio 2000, nos enseñaba acerca de esa unión inefable del hombre con Dios:

«Mientras la Iglesia peregrina en este mundo lejos de su Señor, se considera como desterrada, de manera que busca y medita gustosamente las cosas de arriba. Allí está sentado Cristo a la derecha de Dios; allí está

escondida la vida de la Iglesia junto con Cristo en Dios hasta que se manifieste llena de gloria en compañía de su Esposo” (*Lumen gentium*, 6). Estas palabras del concilio Vaticano II señalan el itinerario de la Iglesia, que sabe que no tiene “aquí ciudad permanente”, sino que “anda buscando la del futuro” (*Hb* 13, 14), la Jerusalén celestial, “la ciudad del Dios vivo” (*Hb* 12, 22).

Una vez que hayamos llegado a la meta última de la historia, como anuncia san Pablo, no veremos ya “en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. (...) Entonces conoceré como soy conocido” (*1 Co* 13, 12). Y san Juan repite que “cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (*1 Jn* 3, 2).

Así pues, más allá de la fron-

tera de la historia, nos espera la epifanía luminosa y plena de la Trinidad. En la nueva creación Dios nos regalará la comunión perfecta e íntima con Él, que el cuarto evangelio llama “la vida eterna”, fuente de un “conocimiento” que en el lenguaje bíblico es comunión de amor. “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3).

La resurrección de Cristo inaugura este horizonte de luz que ya el primer Testamento canta como reino de paz y alegría, en el que “el Señor eliminará a la muerte definitivamente y enjugará las lágrimas de todos los rostros” (Is 25, 8). Entonces, finalmente, “la misericordia y la fidelidad se encontrarán, la justicia y la paz se besarán” (Sal 85, 11). Pero son sobre todo las últimas páginas de la Biblia, es decir, la gloriosa visión conclusiva del Apocalipsis, las que nos revelan la ciudad que es meta última de nuestra peregrinación, la Jerusalén celestial.

Allí encontraremos ante todo al Padre, “el alfa y la omega, el principio y el fin” de toda la creación (Ap 21, 6). Él se manifestará plenamente como el Emmanuel, el Dios que mora con la humanidad, eliminando las lágrimas y el luto y renovando todas las cosas (cf. Ap 21, 3-5). Pero en el centro de esa ciudad se alzará también el Cordero, Cristo, al que la Iglesia está unida con un vínculo nupcial. De él recibe la luz de la glo-

ria, con él está íntimamente unida, ya no mediante un templo, sino de modo directo y total (cf. Ap 21, 9. 22. 23). Hacia esa ciudad nos impulsa el Espíritu Santo. Es él quien sostiene el diálogo de amor de los elegidos con Cristo: “El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!” (Ap, 22, 17).

Hacia esa plena manifestación de la gloria de la Trinidad se dirige nuestra mirada, rebasando los límites de nuestra condición humana, superando el peso de nuestra miseria y de la culpabilidad que penetran nuestra existencia terrena. Para ese encuentro imploramos diariamente la gracia de una continua purificación, conscientes de que en la Jerusalén celestial “no entrará nada impuro, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Ap 21, 27). Como enseña el concilio Vaticano II, la liturgia que celebramos durante nuestra vida es casi un “pregustar” esa luz, esa contemplación, ese amor perfecto: “En la liturgia terrena pregustamos y participamos en la liturgia celeste que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero” (*Sacrosanctum Concilium*, 8).

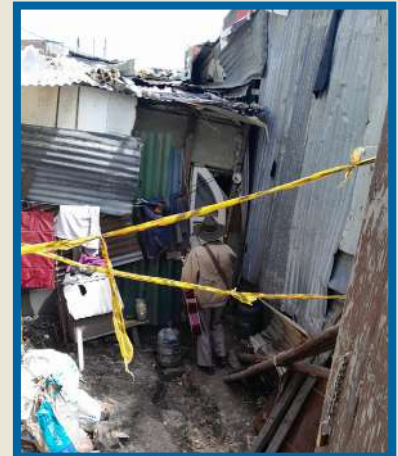
Por eso, ahora nos dirigimos a Cristo para que, por el Espíritu Santo, nos ayude a presentarnos puros ante el Padre.

Juntamente con nosotros, “la creación expectante está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios (...) y espera ser liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rm 8, 19-21). El Apocalipsis nos anuncia “un cielo nuevo y una tierra nueva”, porque el cielo y la tierra anteriores desaparecerán (cf. Ap 21, 1). Y san Pedro, en su segunda carta, recurre a imágenes apocalípticas tradicionales para reafirmar el mismo concepto: “Los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán. Pero nosotros, confiados en la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia” (2 P 3, 12-13).

Mientras espera la armonía y la plena alabanza, toda la creación debe entonar ya desde ahora, juntamente con el hombre, un cántico de alegría y esperanza.

Hagámoslo también nosotros, con las palabras de un himno del siglo III, descubierto en Egipto: “Ni por la mañana ni por la tarde callen todas las admirables obras creadas por Dios. No callen tampoco los astros luminosos ni las altas montañas ni los abismos del mar ni los manantiales de los rápidos ríos, mientras nosotros cantamos en nuestros himnos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Todos los ángeles de los cielos respondan: Amén, Amén, Amén”».

“Si quiero ser hijo de Dios, tengo que ser hijo de María”.
(M. M^a Teresa De Simone)



01-02) ¡Por la VIDA! Los miembros del Reinado de María, grandes y pequeños, se unieron para rezar por la defensa de la VIDA (Caracas-Venezuela). 03) Jornadas de Evangelización. ¡Viva Nuestra Señora del Encuentro con Dios! (Caracas-Venezuela). 04) María en acción: miembros del Reinado de María prestan su colaboración en las tareas en la descarga de los contenedores llegados a Cusco con material para los más necesitados de la zona (Cusco-Perú). 05) Procesión del Sagrado Corazón de Jesús por las calles de Bogotá (Colombia). 06) Visitas domiciliarias a varias casas de la zona periférica de Bogotá (Colombia): “Falta todo, falta todo..., pero las personas nos dicen que con nuestra visita: tienen a María y Ella llena todo” –nos cuentan los miembros del Reinado de María–.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org | www.reinadodemaria.org

